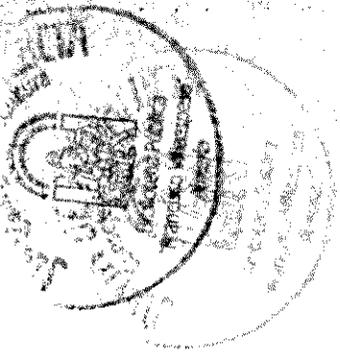


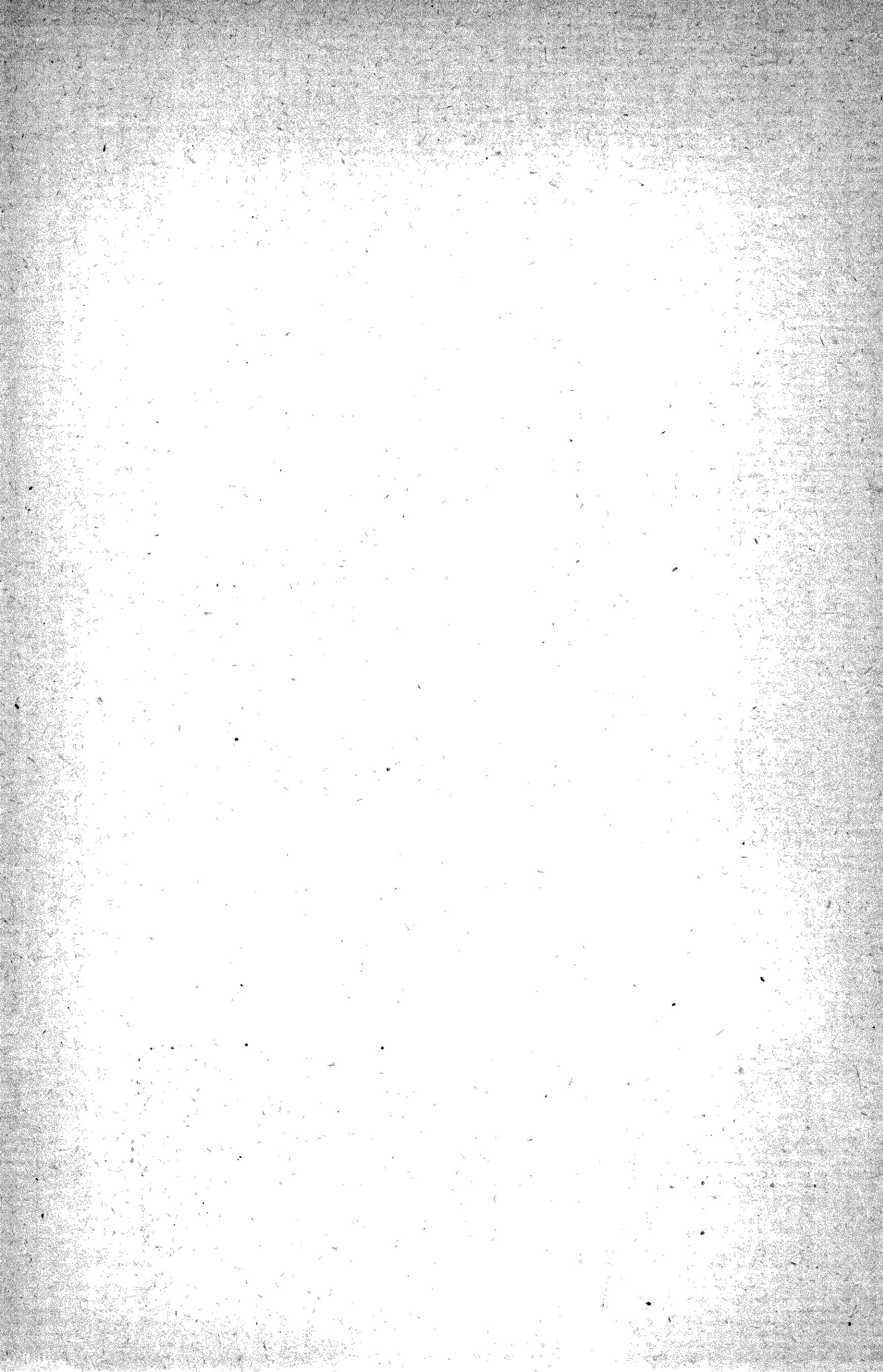


FRANCISCO VILLAESESA
LAS PALMERAS
DEL OASIS
— NOVELA —



ES PROPIEDAD

Esbo. Tipco. "BIBLIOTECA IRIS" Industria, 202, Barcelona.



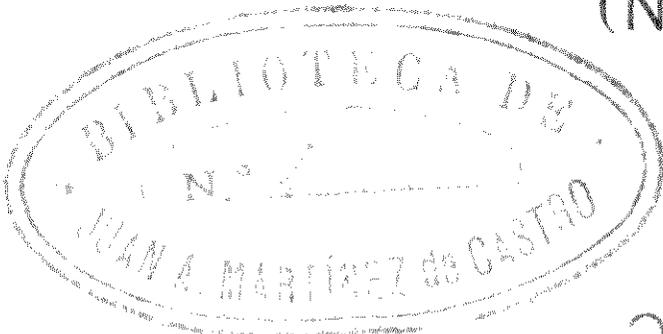
0861

FRANCISCO VILLAESPESA



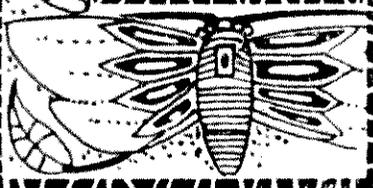
Las Palmeras del Oasis

(NOVELA)



R. 51.469

VOL. II • Abril, 914



T. 157
C.B. 2025584





I

ALMANZUR era Schaij de la tribu de los Beni-Musas, la más aguerrida y numerosa de cuantas pastaban sus rebaños en las secas llanuras del Oriente del Hedchiar, más allá de los altos muros y de los fértiles valles de Medinat-Nevi, la ciudad santa que guarda religiosamente las cenizas del Profeta.

Descendía de una de las más nobles familias de Islam.

Su abuelo, Omar-ben-Waid, el Zarahita, había sido uno de los primeros y más fieles discípulos de Mahoma, y en la famosa derrota de Ohod sostuvo entre sus brazos el cuerpo del Profeta cuando éste, herido de una certera pedrada en la frente, se desplomó ensangrentado sobre su corcel.

Su padre, Noseir-ben-Omar, tomó parte en la rendición de Damasco y en todas las cruentas campañas contra los cristianos de Cons-

tantinopla, bajo los gloriosos califatos de Abu-Berk, Omar y Alí.

El mismo Almanzur había hecho su algihed en el Egipto y en el Africa, a las órdenes de Okba, asistiendo a la fundación de la célebre ciudad de Cairuam, y acompañando a su pariente Muza-ben-Noseir a la conquista de España.

Regresó de estas expediciones cubierto de gloria y de cicatrices, y los ancianos de su tribu le nombraron su Schaij.

Por todo el desierto se extendió bien pronto su fama de hombre justo, y a su tienda venían a dirimir sus cuestiones, los hombres de los más lejanos países.

Era fuerte, alto y magnánimo.

Jamás su boca pronunció una sentencia que no estuviese ajustada a los más sabios preceptos de la ley koránica, ni su brazo dejó de prestar apoyo a los desvalidos.

Imposibilitado por el peso de sus noventa años de comandar a sus guerreros, confió esta misión a su único hijo, Muhamed, que por sus hazañas llamaban el Assadi.

Almanzur, como todo buen hijo del desierto, amaba la poesía sobre todas las cosas.

Sentado a la puerta de su tienda gustaba oír, a la luz de los astros, las maravillosas relaciones de aquellas siete kasidas que bordadas en oro sobre un manto de seda negra, la

admiración y la piedad de las gentes habían suspendido en los muros sagrados del templo de la Kaaba.

Una noche, en que rodeado de los principales de su tribu, adormecía su alma con el encanto de una de estas narraciones, llegaron a su aduar, tendidos como arcos sobre sus córceles sudorosos y jadeantes, unos pastores, y, descabalgando junto a su tienda, le dijeron, con la voz trémula aún de emoción:

— La gloria de Dios caiga sobre tu frente, Almanzur. ¡El Profeta nos protege! Una caravana, tan extensa que se pierde de vista en los arenales, atravesará mañana, a la caída de la tarde, los abruptos desfiladeros de Absub.

Nosotros la hemos visto desfilar mientras los rebaños seesteaban a la sombra de las palmeras de la cisterna de Amhed.

Centenares de camellos se derrengan bajo el peso de ricos cargamentos de ébano, tapices, armas, plata, oro, joyas, perfumes y especierías de Saba, Ahsa y de las maravillosas regiones del Hadramaut.

Trescientos jinetes armados las custodian.

¿Pero qué son trescientos jinetes armados para los Beni-Musas, los más duros en el combate y los más generosos en la victoria?

Nuestros córceles no conocen la fatiga ni la sed.

Nuestros brazos son ágiles y fuertes. Saben

traspasar con un venablo a los más veloces avestruces, desjarretan a un toro salvaje y son capaces de desguijar al león más potente.

Almanzur, Dios ha puesto al alcance de nuestras manos la felicidad... ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Un sordo murmullo de aprobación acogió las palabras de los pastores. En todas las pupilas fulguró la codicia. Hasta el poeta abandonó su guzla, y se acercó, trémulo de emoción, al grupo. Almanzur irguió su patriarcal figura e imponiendo silencio con un gesto lleno de majestad y de nobleza, dijo, clara y lentamente, como habla la sabiduría y la experiencia, mientras sus dedos, largos y huesudos, acariciaban los blancos mechones de su barba venerable:

— No conviene derramar estérilmente la sangre humana. Sólo en servicio de Dios se debe prodigar. ¿Por ventura no existen aún en tierras del Islam gentes paganas a quienes debemos exterminar?

La codicia es la más irresistible de las tentaciones. Ella nos desvía del camino de Dios.

¿Acaso valen esas riquezas y aun todos los tesoros de la tierra lo que una sola gota de sangre de los Beni-Musas?

Y su voz resonaba en el silencio de la noche, bajo el polvo de plata de los astros, con una austera solemnidad profética.

— ¡Almanzur, padre mío, en el nombre de Dios, escúchame! — exclamó respetuosamente su hijo Muhamed el Assadi, aproximándosele.

— Todos reconocemos y reverenciamos la verdad profunda que encierran tus palabras.

Pero fíjate en el estado lamentable de la tribu. Las últimas guerras nos han empobrecido hasta el extremo de no haber podido contribuir a la construcción de la nueva mezquita que ha de encerrar los restos venerados del Profeta.

La sequía agota nuestros campos y la peste diezma nuestros rebaños. El hambre ha hecho su aparición entre nosotros... Y esa caravana, que la voluntad del Señor pone al alcance de nuestra bravura, puede ser la salvación de la tribu.

— Sí, padre mío — insistió Muhamed — : la necesidad nos apremia.

Dios nos depara esta ocasión para salvarnos de la miseria en que vivimos. Desaprovecharla sería tanto como renunciar a sus beneficios.

Todos asintieron, con un leve movimiento de cabeza, a las palabras del Assadi.

Almanzur quedóse perplejo un instante. Las arrugas de su frente se contrajeron en el esfuerzo de la meditación.

Los guerreros aguardaban, inmóviles y

mudos de ansiedad, la decisión del noble y sabio Schaij.

Por fin éste murmuró gravemente, levantando los brazos al cielo, como el que se decide, contra su íntima voluntad, a quebrantar un voto:

— No quiero oponerme a vuestros designios que acaso sean también los designios de Dios. ¡Cúmplase su voluntad! Sólo lamento que el agobio de los años y estas viejas cicatrices recién abiertas, me impiden conducir, como tantas veces, a la victoria.

Mi hijo Muhamed comandará las huestes.

Id a prepararos para la jornada. Sed esforzados en el combate y magnánimo con el vencido. Respetad a los niños, a las mujeres, a los ancianos y a los solitarios que sólo viven con Dios.

Guardad siempre la hospitalidad, que es, ha sido y será la más gloriosa herencia de nuestra raza.

Los jóvenes partieron veloces a limpiar sus armas y a enjaezar sus corceles.

Todo el aduar se sintió profundamente estremecido por aquel entusiasmo bélico.

En todas partes resonaban órdenes; corrían los esclavos a preparar el pienso de las caballerías, o cosían, bajo la luna, las correas de las monturas y de los arneses.

Las mujeres iban y venían, haciendo bri-

llar bajo los astros las monedas de oro que adornaban sus cabellos. Bajo los velos mal ceñidos resplandecían, a veces, los diamantes oscuros de sus ojos voraces. Los poetas, en medio de un círculo de guerreros, exaltaban las épicas aventuras de Antar, los combates sangrientos y el amor a la gloria y a la guerra.

Los mastines ladraban, alegres, en torno de sus dueños, agitando sus colas y haciendo resonar sus carlancas puntiagudas, y los camellos, arrodillados en las estacadas, estiraban, sorprendidos, sus largos cuellos, al son argentino de sus collares de cascabeles.

Sólo el viejo Almanzur, reclinado sobre un amplio tapiz de Siria, en la puerta de su tienda, permanecía inmóvil y silencioso, como abstraído en la más profunda de las meditaciones.

Entre sus manos sarmentosas se doraban á la luz de la luna, las cuentas de ámbar de un largo rosario.

Antes de la oración del alba, a los últimos rayos de la luna, partió la hueste. Eran doscientos jinetes, capaces de recorrer dos jornadas sin sentir fatiga ni sed.

Salieron en grupos, entre gritos de júbilo y exclamaciones de entusiasmo, agitando en el aire sus arcos y sus largas lanzas, o golpeando con sus corvos alfanques los escudos de bronce o las amplias adargas recubiertas de pieles de unicornios.

Al salir de las últimas tiendas, abandonaron las bridas sobre el cuello de las ágiles yeguas, picaron espuelas y se abrieron en semicírculo, perdiéndose a lo largo del desierto, entre nubes de polvo plateado, como una tempestad de hierro y de jaiques flotantes.

Los niños y las mujeres los despedían agitando los brazos, desde las últimas empalizadas.

Algunos mastines, erizados los lomos, en un esfuerzo supremo rompieron sus amarras, y ladrando, tendidos como arcos, con las colas rectas como timones se escaparon veloces tras sus dueños.

El viejo Almanzur los contempló partir desde la puerta de su tienda, acariciando suavemente sus largas barbas de lino, y mirando con rencor sus piernas ulceradas donde las antiguas heridas se habían abierto en un florecer glorioso de rosas de sangre.



II

HABÍANSE terminado las faenas del Mediodía.

Un sol de asfixia llameaba en el horizonte. Los camellos dormitaban de modorra, arrodillados al pie de las empalizadas, con los largos cuellos tendidos sobre la arena.

En torno de las tiendas, bajo los linos de los toldos, jugueteaban las gacelas domésticas. Dando rápidos saltos y alargando sus finos cuellos gráciles refregaban sus cabezas en los flancos de las mujeres y lamían las manos de los niños.

Los esclavos acababan de moler el trigo, con grandes mazos de madera, sobre las amplias piedras bruñidas.

En las puertas, bajo los arnafes, humeaban las últimas brasas de la comida.

En algunas tiendas se oían voces soñolientas que embalaban las cunas. Vibraban las

guzlas acompañando viejas canciones de amor y de guerra.

Y en todo ardía gloriosamente el fuego del sol, reverberando en los metales y arrancando fugitivos relámpagos de fiebre de los grandes ojos tímidos de las gacelas y de las mujeres.

En la tienda de Almanzur reinaba el silencio. Era una tienda amplia y cónica,alzada sobre secos y rugosos troncos de palmera, cubierta de pieles de leones, colchas y sedas multicolores y tapices bordados.

En la penumbra centelleaban los reflejos acerados de las armas y de los arneses.

Sobre una amplia y casi mórbida alcatifa persa, reclinada en muelles almohadones de Damasco, bordados en perlas, reposaba Aischa, la nubil belleza salvaje que encierra en la inmensidad nocturna de sus ojos todos los misterios y las fascinaciones del desierto, y cuyos miembros tensos, fuertes y ágiles evocan la precisión y la gracia de las armas mortales, los bellos arcos de Beit el Faki, y las brillantes y sútiles flechas de Mareb.

Por el casktán de tisú verde y plata, desabrochado desde la cintura parecían estallar los senos como magnolias de bronce, y al ritmo fatigoso de su respiración se hinchaba su garganta como el cuello de las palomas torcaces que se arrullan a la margen de los arroyos

entre los tamarindos y los naranjos del valle de Nedcheran.

Los dedos de sus pies desnudos resplandecían de anillos y sortijas, los tobillos de ajorcas, las muñecas de brazaletes y los cabellos de dinhares.

Sobre el mórbido pecho moreno, que evocaba el de la Sulammita de los cantares de Salomón, temblaba, sujeta por gruesos hilos de perlas y corales la mano del Profeta, toscamente tallada una fina lámina de plata, el maravilloso amuleto que porta la felicidad y que libra del mal de ojo, de todas las enfermedades de la carne y de las malas tentaciones del espíritu.

A su lado yacía Almanzur, grave y solemne, sobre los tapices, inmóvil, como en un éxtasis.

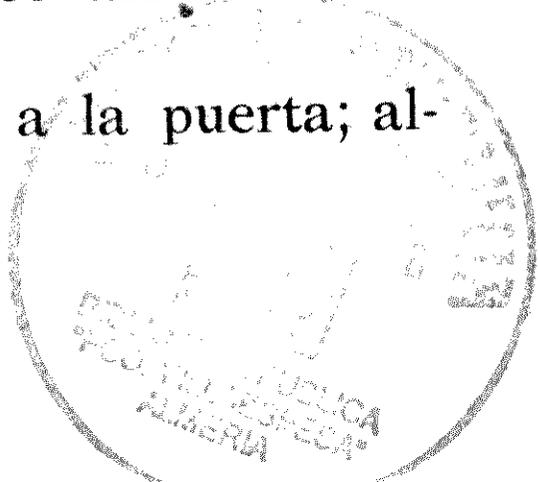
El calor era asfixiante a pesar de las triples cortinas de palma y juncos tejidos que protegían del sol el arco de la entrada.

El aire estaba cargado de un fuerte perfume de sándalo, aloe y benjuí.

Aischa se revolvía intranquila en su lecho, como agitada por un vago y doloroso presentimiento.

A veces se levantaba violentamente, haciendo resonar con un tintineo armonioso el oro de sus joyas.

Se dirigía ágil y silenciosa a la puerta; al-



zaba cautelosamente las cortinas y con las manos sobre las cejas para atemperar las violencias de la luz, escudriñaba el horizonte, hasta que fatigada, volvía a reclinarse sobre los cojines, pálida como una muerta.

Almanzur, como quien sale de un éxtasis, la interrogó: primero, con sus hondos ojos escrutadores, ojos que parecían venir del más allá de las cosas; y después con voz paternal y tranquila como el claro hilo de agua que fecunda y fertiliza los oasis, murmuró quedamente:

— Aischa, hija mía, ¿qué agitación te posee? ¿Qué intranquilidad se adueña de tí, tan intensa, que no te deja reposar?

La voz de Aischa le repuso, atropelladamente, como si se le escapasen de súbito con las palabras todos los sufrimientos acumulados en su espíritu:

— No puedo descansar... La imagen de Muhamed, tu único hijo y el esposo querido de mi alma, no se aparta jamás de mis ojos. Parece como que me llama en el silencio, como si sus brazos se tendiesen a mí, implorando socorro. No sé por qué me produce espanto y siento temor por él en esta jornada. Al partir, cuando mi mano le sirvió de estribo para saltar sobre el corcel de guerra, creí notar que su pierna temblaba.

Después, contra la última empalizada, su

lanza se rompió en astillas. Hubo que darle otra. Yo sentí ante este augurio de desgracia, que toda la sangre de mis venas aflucía al corazón y me ahogaba.

Retuve por el rendaje a su alazán, y le dije, suplicante, rodeando su cintura con mi brazo:

— Detente, Mahumed, detente: Es un mal presagio.

Y en mis ojos debieron brillar algunas lágrimas, cuando él, sonriendo, inclinóse y me besó en la frente, ofreciéndome las más preciadas joyas del botín.

Picó espuelas y partió al galope, a reunirse con los suyos.

— No entristezcas y agobies tu espíritu con pueriles presentimientos, ¡oh, Aischa, tesoro para mí el más preciado de la tierra, porque eres la luz y la alegría de mi único hijo Muhamed! — le interrumpió indulgente, el noble y justo Almanzur.

Dios ha escrito en el cielo con astros de diamantes la suerte de cada uno. De su voluntad dependemos, y lo que está escrito se cumplirá...

Confiémonos a su misericordia. No estés intranquila por esta expedición. El mismo Dios parece que ha puesto la ocasión en nuestras manos.

¿Qué son trescientos jinetes armados contra

los Beni-Musas, la tribu más noble y valerosa del desierto?

Lo mismo que el viento dispersa las hojas secas, así nuestros guerreros dispersarán a sus enemigos.

Tranquilízate, pues, hija mía; serena los tumultos de tu corazón, que antes que claree la nueva aurora regresará nuestro Muhamed cubierto de gloria y te cubrirá de valiosos presentes. Además, ¿a qué vienen esos temores? ¿Tú no eres la única hija de mi hermano Ayub, de aquel guerrero cuyo solo nombre hacía temblar de espanto en sus sillas a los más esforzados campeones cristianos?

No te enseñó él, como a un varón, el manejo de las armas? ¿No le has acompañado a más de un combate? ¿No has sentido en tu carne de mujer la frialdad del acero?

¿Qué has hecho, pues, del antiguo valor? ¿Qué genio maléfico te ha tocado con su dedo en las sienes? Tus ojos han perdido su brillo y la arrogancia ha huido de tu frente.

El ánimo fuerte debe permanecer de pie en los días adversos. El huracán puede abatir a la palmera; pero apenas pasa, ésta vuelve a erguirse tan majestuosa como antes.

— No es el temor — murmuró gravemente Aischa —, Dios sabe que en mi corazón arde aún inextinguible la llama heroica de nuestra raza.

Mis brazos se sienten aún capaces de renovar las hazañas paternas.

No es temor... Es el amor — suspiró, enrojeciendo hasta la raíz de los cabellos.—Es que sin Muhamed la vida me sería una carga insostenible... Es que no puedo ni admitir la sospecha de que su vida sea mortal como la de todos...

— Desecha vanos temores — interrumpió, con voz dulce y trémula, el Schaij —, y en vez de entregarte a la tristeza y a los recelos, consuela y fortifica tu corazón oyendo recitar, al son de la guzla, la viejas kasidas, con que nuestros poetas triunfaron en la feria de Ocaz.

Ismael, nuestro siervo, las recita coma nadie.

Sería bueno llamarle para entretener nuestros ocios y apartar de tu imaginación calenturienta esas tristes visiones.

La poesía consuela y exalta el espíritu. Ella hace olvidar todos los pesares, y es el mayor bien que Dios otorga a los mortales en su mísera y rápida jornada por el mundo.

Y llamando a su esclavo que vigilaba a la puerta, le encargó avisase al poeta y convocase además a los ancianos y las mujeres principales de la tribu.

Los invitados, reclinados en ricos tapices, formaron un círculo alrededor de Ismael, que de pie, al son de la guzla, empezó a recitar.

Los ancianos y las mujeres entornaban los ojos, extasiados con la armonía de aquellas maravillosas estrofas de Antar, en las que con toda la pompa, el fasto y el ardor de la imaginación oriental se exalta de amor a Abla, a aquella extraordinaria mujer que, al decir del poeta, aventajaba a todo cuanto la belleza tiene de más perfecto.

«Diré que el brillo de la luna iguala a tu rostro. ¿Pero la luna tiene tus ojos de gacela? Diré que la rama de arac se asemeja a tu cuerpo. ¿Pero la rama de arac tiene tu gracia?

Tus dientes exceden en blancura a las perlas. ¿Pero podré compararlos con las perlas?

La llama de la verdad resplandece en tu frente, y la noche del error se ha refugiado en tus cabellos.

Bajo tu velo están abiertas las rosas del Paraíso, guardadas por las flechas de tus pestañas.

Tu indiferencia conmigo me hace quejarme en tus jardines, como las tórtolas en celo. Ella me oprime el corazón como una zarza.

Más allá de tu belleza están los leones del desierto, las hojas de las espadas y las largas y afiladas lanzas.

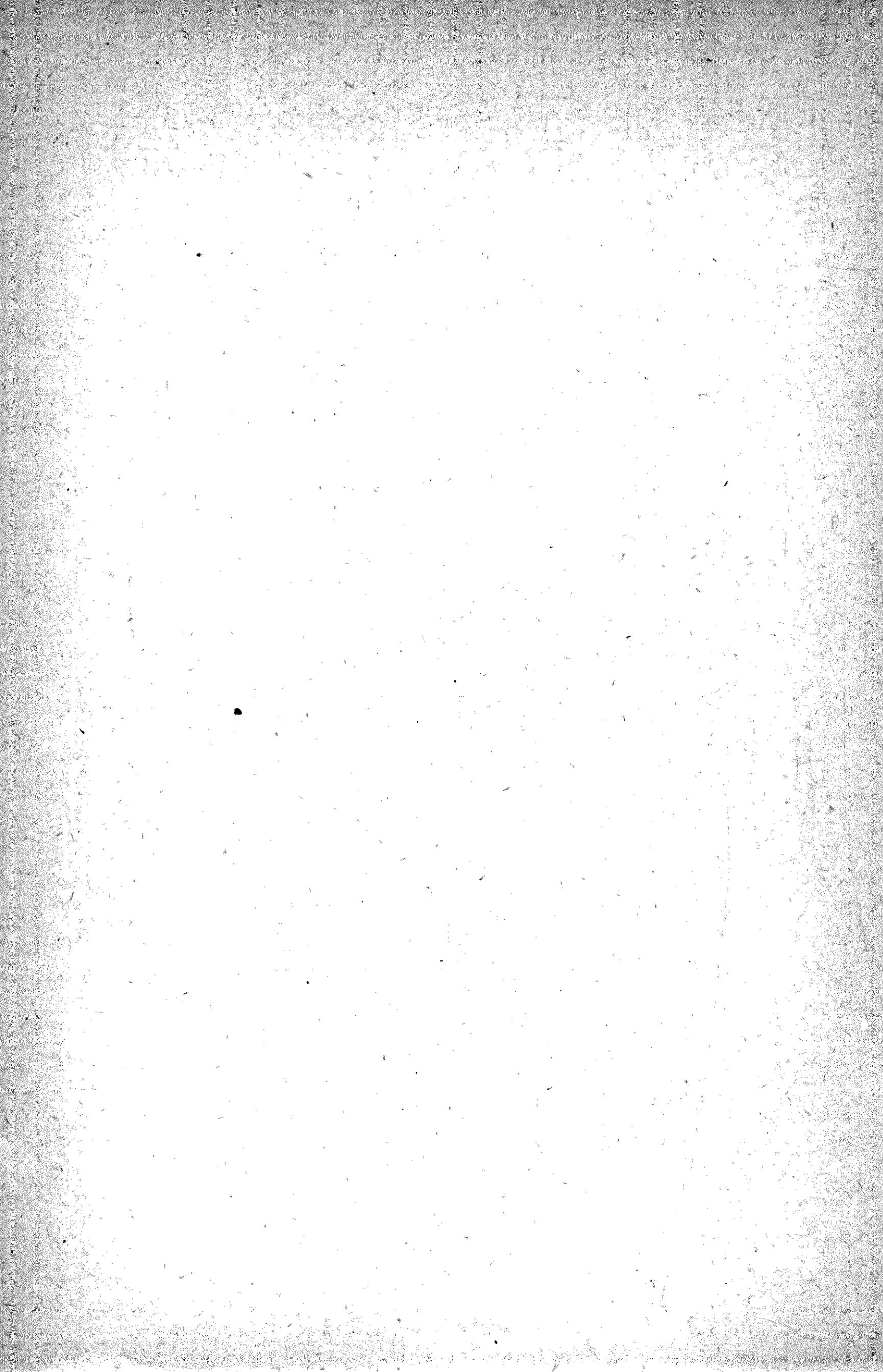
Tu rostro es como la luna al cielo; resplandece; pero está tan alto que no se puede alcanzar».

El perfume de los pebeteros que ardían en

los ángulos de la tienda llenaba la estancia de una pesada y cálida voluptuosidad.

Todos callaban, inmóviles, siguiendo, con el alma puesta en los oídos, los ágiles y dulces ritmos de aquel canto de amor.

Sólo las cigarras, posadas en los secos troncos que servían de apoyo a las tiendas, turbaban el silencio de la hora, con la monotonía estridente de su modorra.





III

DESPUÉS de estos apasionados cantos de amor, Ismael recitó la célebre kasida de «El jardín y el león», una de las más bellas narraciones de Oriente.

Reinaba en una de las más fértiles y remotas regiones de la India un joven Emir, bueno y magnánimo, que había hecho de su corte una fiesta perpetua de amor y de poesía. Desde los calados ajimeces de su alcázar contempló por casualidad, una bella tarde, a una linda dama que, sentada en la azotea de una casa vecina, parecía absorta en las maravillas del crepúsculo.

La mujer que se creía libre de toda mirada indiscreta, tenía levantado el velo, dejando al descubierto la hermosura fascinadora de su rostro, de una perfección impecable.

El Emir, lleno de curiosidad y maravillado de tanta belleza, preguntó a los familiares que le rodeaban si conocían a la dama.

— Señor, es la esposa de nuestro visir El-Nedchar.

Al día siguiente el emir hizo llamar a su primer ministro, encomendándole una importante misión acerca de un monarca enemigo, y ordenándole que partiese al momento.

El visir obedeció, y el sultán llamaba a los pocos momentos, a la casa de su primer ministro.

— ¿Quién es? — preguntó una voz femenina desde el interior.

— Abre, esclava. Sé que tu amo está ausente y necesito hablar a tu dueña.

— ¿Quién sois? — interrumpió entonces otra voz más dulce, voz suave de surtidor, desgranamiento armonioso de perlas sobre un joyero de plata.

— ¡El Emir!

La puerta se abrió instantáneamente, y Fátima (que así se llamaba la esposa del visir) acudió solícita, a besar con respeto la regia mano de su señor.

— Hermosa dama, os amo — dijo él entonces, en voz baja —, y os ruego me acojáis como amigo.

— Sed bien venido, señor; todo cuanto aquí exista os pertenece y yo soy la más humilde de vuestras esclavas. Al dignaros pedirme hospitalidad, me colmáis de favores.

— Graciosa Fátima — añadió el sultán, des-

bordante de entusiasmo —, vuestras palabras son para mi corazón la más deliciosa música. Soy vuestro siervo, y permitidme que, arrodillado, bese vuestras plantas.

Fátima condujo al soberano a través de riquísimas estancias y de maravillosos patios donde las fuentes elevaban al aire sus penachos de pedrería entre las flores y los arbustos más fragantes.

Por fin se detuvo en un amplio salón decorado con una munificencia y un lujo verdaderamente reales.

El Emir se sentó sobre un mullido y rico diván de seda carmesí, bordado en oro y piedras preciosas, y suplicó a Fátima se colocase a su lado.

Entonces se arrojó a sus pies, y cogiendo entre las suyas, trémulas, las finas y enjovadas manos de la dama, le dirigió las frases más apasionadas, en una loca exaltación de amor.

La mujer del visir le respondió risueña, pero moderada y respetuosa, y desprendiéndose de sus manos, se levantó de pronto, suplicándole le permitiese preparar un festín en el cual serían ellos los únicos comensales.

El Emir aceptó gozoso, mientras su ardiente fantasía acariciaba las más risueñas y venturosas esperanzas.

Fátima cogió de una preciosa mesita de mosaico un grueso manuscrito ricamente en-

cuadernado en oro y piedras preciosas, y se lo entregó a su regio huésped, diciéndolo:

—Voy a ausentarme por algunos momentos para dar órdenes a los criados y disponer los preparativos del banquete que habéis tenido la galantería de aceptar. Mientras tanto, os ofrezco este discreto compañero que se encargará de distraer y hacer más llevadera vuestra soledad.

Tan pronto como Fátima salió, el emir abrió el libro.

Eran poesías y sentencias de los hombres más célebres y sabios del mundo, en las cuales se condenaba el vicio y se ensalzaba la virtud.

El Emir, que era entendido y dado a las letras, gozó extraordinariamente con la profundidad de aquellos conceptos y con la dulzura melodiosa de sus ritmos.

Dos horas después apareció la bella Fátima, suntuosamente ataviada, y rogó a su huésped tuviese la amabilidad de pasar con ella a la sala del festín.

Una vez allá, se sentaron el uno frente al otro, separados por una amplia mesa magníficamente servida, sobre la cual se destacaban noventa fuentes de oro llenas de manjares artísticamente cubiertos de cremas de distintos colores.

El sultán probó de cincuenta platos, y advirtió, con sorpresa, que aunque parecían ser

distintos todos tenían el mismo gusto. Intrigado por aquel enigma, interrogó a Fátima.

— Las mujeres, señor — respondió ésta con la sonrisa más insinuante —, se diferencian entre sí por el color, la estatura y los adornos. Pero a pesar de todo, cada una de ellas es una mujer... y nada más... y nada más.

En vuestro harem, tenéis noventa mujeres, entre blancas, morenas y negras. Por consiguiente, señor, una más nada añadiría a vuestros placeres.

El Emir inclinó la cabeza, avergonzado por la lección y después de algunos momentos de silencio, exclamó con la voz aún insegura:

— Noble señora, vuestra sabiduría y vuestra virtud han cubierto de confusión mi rostro y de admiración mi alma.

Perdonadme y olvidar las locuras de un joven a quien desde hoy en adelante, jamás apartará la hermosura del cumplimiento de sus deberes.

Y después de besar respetuosamente la mano de la esposa de su primer ministro se retiró a palacio, pesaroso de su arrebató y agradecido de aquella lección.

Algunos días más tarde regresó el visir de su misión y fué a dar cuenta de ella a su soberano. Después de la audiencia corrió a su casa, gozoso de sorprender a su mujer con los valiosos regalos que llevaba.

Mas al sentarse en un diván, sus miradas descubrieron entre los pliegues de la seda un objeto brillante, y reconoció con sorpresa que era la sortija del emir.

Convencido de su desgracia, procuró disimular el furor que devoraba su corazón, y aquella misma tarde, con aparente calma, dijo a su mujer:

— Mi ausencia te ha impedido visitar a tus padres. Ve a ofrecerles tus respetos.

Fátima obedeció en el acto. Mas apenas había pisado el umbral de la casa paterna, cuando se presentó un mensajero de parte de su marido a entregarle su carta de divorcio.

Tan infausta como inesperada noticia la hizo palidecer de dolor, hasta desmayarse en un llanto convulsivo.

Cuando sus padres la interrogaron sobre los motivos que hubieran obligado al visir a tomar una resolución tan extremada, respondió que ponía a Dios por testigo de su inocencia y que el rigor de su marido era para ella un misterio insondable.

Algún tiempo después de este suceso, viendo el padre de Fátima que su hija se moría de pesar, presentóse en el palacio del Emir, en ocasión en que éste daba audiencia pública.

— Señor — dijo, prosternándose ante el soberano —, yo tenía un hermoso jardín, plantado de frondosos árboles que daban exquisitos

frutos. Ese jardín lo había confiado a vuestro visir El-Nedchar, que prometió cuidarlo con esmero, bajo la condición única de reposar en él. Pero se ha comido los frutos y ahora deja que el jardín se deshoje y se seque de abandono.

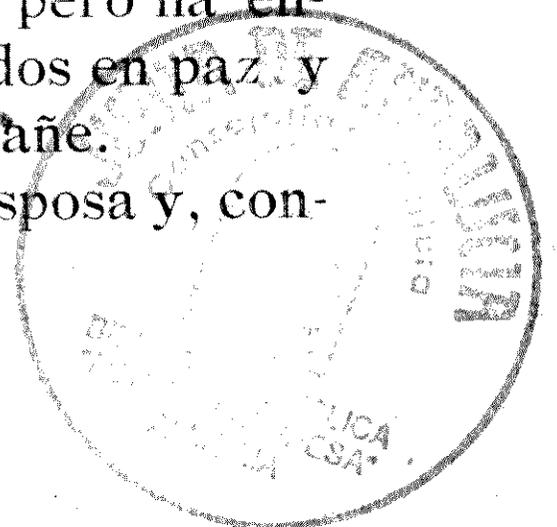
— ¿Qué contestáis a todo esto? — exclamó el sultán, dirigiéndose al visir, que estaba cerca del trono.

— Ese hombre dice la verdad, magnífico señor — respondió gravemente El-Nedchar. — Es cierto que me había confiado un espléndido jardín y que yo lo cultivé al principio con todo el esmero y el amor de mi alma. Pero un infausto día, al entrar en él, contemplé a mis pies las huellas del león; tuve miedo y abandoné señor, el jardín, con todo el dolor de que es capaz el corazón humano.

El soberano comprendió que el jardín era Fátima, que el hombre que se quejaba era su padre y que las huellas del león pudieran ser su sortija olvidada.

— Nada temáis — dijo entonces, con voz solemne, a su visir. — Id a vuestro jardín y reposad tranquilamente en él. Lo conozco y sé que está bien fortificado. Es cierto que el león ha merodeado en sus alrededores; pero ha encontrado inaccesible la entrada. Idos en paz y que la verdad del Señor os acompañe.

El visir volvió a vivir con su esposa y, con-



vencido de lo acrisolado de su virtud, la amó en lo sucesivo mucho más que la había amado hasta entonces».

Al terminar Ismael su relación, un silencio profundo comentó sus últimas palabras.

Las mujeres, con la cabeza baja, meditaban. Los ancianos se acariciaban soñolientamente sus luengas barbas de lino.

Sólo Aischa se atrevió a murmurar:

— De haber sido yo Fátima, jamás habría perdonado al Emir su imprudencia... ¡Sabría vengarme de ella!

Y al decir estas palabras sus ojos centellearon en las penumbras del velo con reflejos acerados de puñales que se desnudan en la sombra.



IV

AL anochecer regresaron los pastores, acorralando los rebaños en sus rediles ceñidos de anchos y profundos fosos para evitar el asalto de las fieras nocturnas.

Se comió frugalmente: dátiles, leche de camellas y pan de cebada.

La tribu empezaba a inquietarse por la tardanza de los foránicos, destinados a traer noticias del combate.

Los niños se asomaban a las empalizadas a indagar el horizonte. Algunos pegaban el oído en tierra para oír mejor los rumores de la distancia.

Las mujeres sollozaban, curvadas en el suelo, soplando en las puertas de las tiendas las últimas brasas del fuego familiar.

Acavaba de rezarse la oración de la tarde, y en la tienda del Schaij Almanzur se congregaban los ancianos y las mujeres principales de la tribu, comentando la tardanza de los fo-

ránicos. Nadie ya podía reprimir sus temores.

Aischa, reclinada en un ángulo, estaba palidísima.

Bajo la niebla sutil de sus velos, un temblor nervioso agitaba sus miembros largos y ágiles.

Sólo Almanzur permanecía sereno, aconsejando calma y confianza en Dios.

— Desde los desfiladeros de Absud — decía —, hasta aquí la distancia es larga. Sólo la agilidad de nuestros corceles puede recorrerla en una jornada.

Los foránicos no tuvieron tiempo de recibir noticias. Acaso el viento haya apagado las hogueras en las cumbres vecinas.

Tranquilicemos nuestro ánimo depositando por entero nuestra confianza en Dios. En sus manos está la victoria. Acatemos reverentes sus sagrados designios.

— Señor, yo no sé que amargo presentimiento tortura mi alma, que desde que nuestras huestes salieron no me deja descansar un momento — exclamó Aischa, revolviéndose en su lecho de cojines. — Yo he visto siempre, con la sonrisa en los labios, partir a nuestro amado Muhamed al combate. Yo misma, cantando, le ceñía la espada, le calzaba las espuelas y ponía en sus manos el arco o la lanza. Pero en esta jornada no sé qué angustia extraña me oprimía el corazón con su mano de acero.

Esta mañana seguí el vuelo de las águilas,

y las aguilas volaban bajas, cerniéndose en el extremo del horizonte, allí por donde se hallaban los desfiladeros del Absud, como si buscasen en las arenas los despojos de un cadáver que devorar.

Anoche los chacales aullaron como seres humanos y — ¡cosa nunca vista! — el leopardo saltó al foso y la empalizada y nos arrebató la novilla más hermosa, aquella que tenía un lucero blanco en la frente.

Huellas recientes de leones se han visto en torno de las tiendas.

El amuleto de la mano del Profeta, que mi madre me colgó del cuello al expirar, se me cayó en la cisterna.

Y todo esto me llena de aflicción, me inquieta y tortura mi cuerpo y mi alma con suplicios infernales.

Ya sabes que jamás sentí el temblor del miedo, ni mi rostro conoce la palidez del espanto.

Me crié al lado de mi padre, en una vida nómada de guerras y de asaltos, de combates y de emboscadas.

Mis piernas saben reventar en las carreras al potro más cerril.

Muchas gacelas han caído atravesadas por mis flechas, y más de un enemigo mordió el polvo bajo el empuje de mi lanza... Pero amo tanto a Muhamed que la cosa más insignifican-

te me hace temer por su vida que es mi única felicidad en este mundo. ¡Oh, si yo hubiera ido a su lado, para resguardarle con mi pecho, para protegerle con mi espada!...

E inclinando su bella frente entre las manos, se quedó silenciosa, reconcentrada en su recuerdo y como absorta en sus visiones.

Todos respetaron su silencio, conmovidos por la ternura y la intensidad de aquel amor fanático.

Una gritería de júbilo se oyó a lo lejos. Ladridos de perros, voces de mujeres, exclamaciones y carreras de niños...

Algunos rostros, radiantes de alegría, se asomaron a la puerta del Schaij.

— ¡Los foránicos! ¡Los foránicos! — gritaban en una desbordante alegría triunfal.

Todos se levantaron. Resonó un galope frenético, y pocos momentos después apareció en el umbral la jadeante figura del foránico.

Se prosternó ante el Schaij, exclamando con la voz ronca de emoción:

— ¡Alabados sean los designios de Dios, Almanzur! Al encenderse el primer lucero, brilló en la cumbre del monte Oreb la hoguera que anuncia la victoria.

Las cimas de Tahimud, las colinas de Absed y de Sutra encendieron también sus fuegos... Partí al galope, devorando el aire, y

aquí me tienes orgulloso de ser el primero en anunciarte el éxito de esta expedición.

— ¡Alabada sea la sabiduría y la misericordia de Dios! — murmuró Almanzur, mirando al Oriente, con los brazos levantados al cielo.

Y todos los que llenaban la tienda y los que se agrupaban a la puerta repitieron las santas palabras, entregándose después al más loco júbilo.

Las mujeres se abrazaban; los niños corrían y hasta los ancianos graves y meditabundos desarrugaron sus hoscos entrecejos.

Sólo Aischa permaneció extraña a la alegría general. Reclinada sobre los cojines, parecía entregada aún a sus terribles visiones interiores.

La noche fuè de fiesta en la tribu.

El sueño huyó de todos los ojos.

Bajo la concavidad azul e infinita del cielo perlado de estrellas y fulgurante de luna, las mujeres, sobre pieles de leopardo y de camellos, en medio de un corro de hombres y de niños y en torno de las hogueras llameantes, danzando las más lascivas danzas del Oriente, agitando sus velos, resonando sus joyas, y haciendo entrever entre las gasas y las sedas el temblar epiléptico de sus vientres y de sus muslos desnudos.

Los ojos fosforecían en alargamientos felinos, bajo el resplandor lunar, y los oros y las

gemas y las púrpuras centelleaban entre la negrura de los cabellos y los revuelos cándidos y azules de los almaizales flotantes.

Un perfume de amor y de voluptuosidad impregnaba la humedad casi humana de la noche, llena de almizcle, sándalo y olor a carnes morenas.

Los mastines vigilaban cerca de los fosos; algunas vacas mujían, y a veces, en el aire, como el augurio de un peligro lejano, llegaban los ásperos aullidos de las hienas y de los chacales, cuyas sombras, rastreras y agazapadas, proyectaba la fantasmagoría de la luna en la claridad alucinante de los arenales estériles.



V

DE súbito, saltando fosos y empalizadas, en una carrera desenfrenada y alucinante, como corza perseguida por una manada de leones apareció un corcel.

Pasó como un meteoro por las primeras tiendas, atropellando a los grupos que danzaban a la luz de la luna.

El jinete venía tendido sobre el cuello, con las bridas sueltas y los acicates hundidos en los ijares. Alzó la cabeza para orientarse, y al ver la tienda de Almanzur que se destacaba entre todas por la esbeltez y elegancia de su cúpula rematada en una media luna de plata, hizo un esfuerzo supremo y desesperado, y reteniendo con ambas manos el rendaje, paró en seco el corcel.

El noble animal no pudo más, y jadeante y convulsivo, con los ijares abiertos, las narices dilatadas y bañado de sudor y de espuma, cayó desplomado.

El jinete, recogiendo las piernas, en un salto ágil, evitó la caída.

Se inclinó sobre su yegua, y al verla muerta, sus ojos se inundaron de lágrimas, y abrazándose a su cuello, ajeno a todo, le prodigó las más tiernas frases.

— Alma mía, luz de mis ojos...

¿Por qué me entregas sólo a mi enemigo?

Tú que tienes el brillo deslumbrante del pavo real, el alma noble de la paloma, la fiereza y la prontitud del halcón que se abate sobre su presa, la carrera del avestruz, el vigor del león y la astucia del zorro. Tú, que brillabas como el espejismo en el desierto y volabas en las alas del viento y serpenteabas como el relámpago y te precipitabas al combate con la impetuosidad del torrente que la lluvia desborda... ¡Duerme en paz; y que tus huesos no sean pasto de los chacales!

De pronto, viendo la gente, que muda y conmovida presenciaba la escena, una idea terrible volvió a apoderarse de él, y desviando los brazos del cuello de su yegua, se precipitó en la tienda de Schaij.

Ante la venerable silueta de Almanzur, cayó de rodillas, inclinándose varias veces hasta besar el suelo en señal de sumisión.

Traía las vestiduras rotas y sangrientas, las barbas revueltas y el turbante y el alquicel hechos girones.

— La misericordia de Dios caiga sobre tí y sobre toda tu descendencia — exclamó con la voz conmovida. — Llego a tu tribu perseguido de cerca por mis enemigos y abandonado cobardemente por mis gentes, y en el nombre de Dios te pido amparo y hospitalidad bajo el sagrado de tu tienda.

Almanzur tendió los brazos al recién llegado, y alzándole del suelo, le hizo sentar en sus propios almohadones.

Después con voz grave y unciosa murmuró:

— Alabado sea Dios, que te envía a mi tribu. Sea quien seas, en mi casa estás y en ella sabré defenderte contra todos tus enemigos.

Al huesped le envía Dios, y por nada del mundo faltaría a la hospitalidad que se te debe. Tu eres el amo de esta tienda.

— Esclavos — añadió, volviéndose a los suyos —, preparad un festín digno de un príncipe. Degollad la vaca mejor de mi rebaño; preparad las más sabrosas confituras. Esclavas, mullid el más blando lecho, cubridlo con las más valiosas telas; sacad los más bellos vestidos, y ungir y perfumad las barbas y los pies de mi huesped con los perfumes más costosos.

Todos se dispusieron a cumplimentar las órdenes del Schaij.

El recién llegado, algo más sereno, continuó:

—Me llamo Abul Mohadí. Pertenezco a la tribu de los Corahichitas y vivo en un valle fértil, en las estribaciones del monte Sohél, entre Medina y la Meca. Venía al frente de una rica caravana. Unos bandidos me asaltaron de improviso. Mi gente se desbandó al primer encuentro, y yo después de haber hecho rodar por tierra al que parecía el jefe de los bandoleros, viéndome solo, hundí las espuelas en los ijares de mi yegua, y el noble animal salió disparado como la flecha del arco —, y al recuerdo de su yegua, su voz se hizo trémula y dolorida.

Pronto dejamos atrás — continuó con acento más firme después de una breve pausa — las arboledas del oasis y cruzamos el desierto en una carrera desesperada, espantando a los chacales que devoraban los restos de alguna caravana sorprendida por el simún.

Y siempre que refrenaba mi noble animal para darle algún descanso y orientarme en la huida escuchaba a lo lejos el galope frenético de mis perseguidores, cuyos gritos llenaban de angustia y de maldiciones la noche.

Y así corrimos una hora y dos, cuatro, hasta salir de aquel mar de arenas en un torbellino polvoriento.

Me encontré en las estribaciones de un monte... Oía más de cerca el galope de mis enemigos.

Llegó un momento en que percibí claramente el relinchar de sus corceles y hasta me pareció distinguir sus sombras en los arenales.

Mi pobre yegua resoplaba, jadeante, bañada de sudor; sus flancos temblaban cubiertos de sangre y su pretal estaba blanco de espuma.

Había que hacer un esfuerzo inaudito e internarse en los matorrales del monte.

Un momento más de vacilación sería mi muerte.

Mi cabeza sería cortada y clavada en alguna pica como trofeo.

Me interné en la montaña cuando ya percibía a algunos de mis perseguidores que, tendidos sobre sus corceles, blandían amenazantes sus largas lanzas.

Tuve una idea salvadora. Dios habló a mi corazón. Descabalgué, y conduciendo por las bridas a mi yegua, me interné en aquel espeso laberinto de palmeras.

Me hallé de repente en el fondo de un barranco, y dejando oculta la yegua en una caverna, después de orientarme, me desvié de mi camino y por el lado opuesto fuí dejando jirones de mis vestiduras entre las ramas de arac y los cactus que conducen a la primera eminen-
cia del monte.

Después regresé a mi escondite.

A través del ramaje distinguí, al poco, el ir y venir de mis perseguidores.



Oí claramente sus voces que, roncas de cólera bramaban:

— Debió tomar el camino de la cumbre. Volvamos bridas y salgamos a su encuentro detrás de los desfiladeros.

Yo, trémulo de rabia, embrazado el escudo y la espada en alto, me disponía a vender cara la vida.

Por fin — uno exclamó, con ese grito de alegría con que los cazadores descubren entre los juncas húmedos por el rocío, las huellas del antílope:

— Mirad, mirad, los jirones de sus vestidos entre los cactus. Debió tomar hacia la cumbre... Sigamos sus rastros.

Y todos partieron tras él...

Abandoné mi escondrijo; salí al llano y aquí me tienes buen Schaij... Mi vida es tuya.

Mis perseguidores no tardarán en darse cuenta de mi burla y vendrán a buscarme. Unos pastores me han visto atravesar la llanura y descabalgan en esta tienda.

— Tranquilízate. Todo el desierto conoce y respeta el nombre de Almanzur.

En mi casa nadie osará tocar a un solo pelo de tu barba.

— Voy a dar las órdenes oportunas — añadió el Schaij, y seguido de sus siervos salió de la tienda.

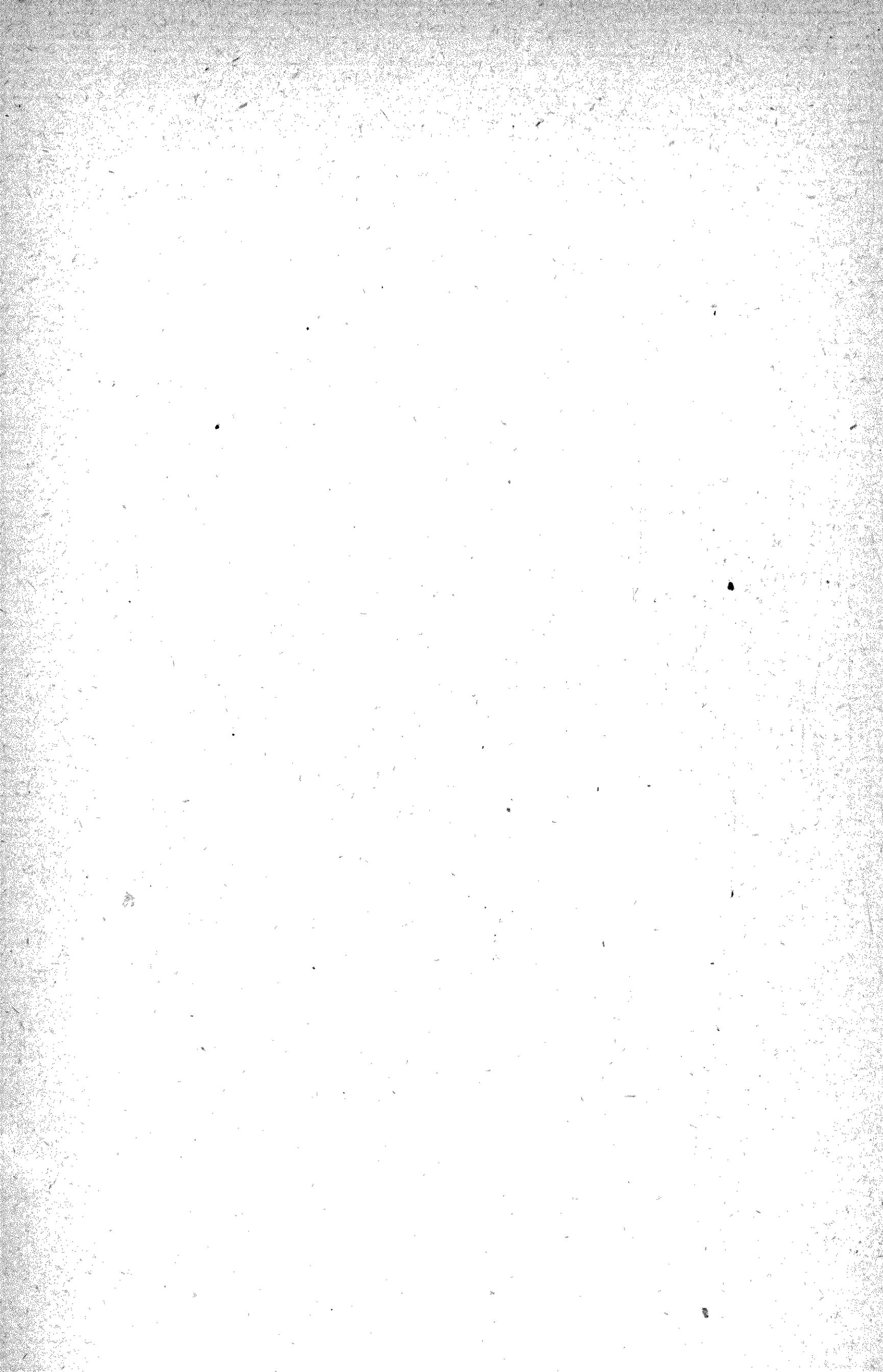
Reinó el silencio.

Abul Mohadi permaneció inmóvil, agobiado de fatiga.

Aischa le contemplaba a través de su velo, con sus grandes ojos nocturnos.

Sin saber por qué, el rostro fino y atezado del guerrero se iba grabando en su imaginación con caracteres imborrables.

Sería capaz de reconocerlo siempre, entre cien mil, en la algazara de una feria o entre el estruendo de un combate.





VI

UN ruidoso galopar de corceles, gritos de angustia, ayes de desesperación, turbaron la solemnidad del silencio.

El Muhadi se agitó convulso, e instintivamente llevó la mano a la empuñadura de su alfanje.

Se oyó la voz desoladora de Almanzur que exclamaba:

— ¡Pobre hijo mío! ¡Oh, mi Muamed, encanto de mis ojos, apoyo de mi vejez! El Señor castigue a su matador, poniéndole al alcance de mi brazo...

Aischa, como poseida de un vértigo, salió de su asiento y se dirigió a la puerta de la tienda.

En el umbral se arremolinaba la gente.

Se oían relinchos de corceles, chocar de armas, gritos de venganza y lloros de mujeres. Una desolación inmensa parecía cubrir con sus alas negras a toda la tribu.

Dos guerreros sostenían el cuerpo ensangrentado de Muamed el Assadi.

La cabeza pendía lívida, en un gesto altivo de fiereza y de reto.

Almanzur, a su lado, mesábase sus largas barbas patriarcales.

Las mujeres desgarraban las vestiduras en señal de duelo, y los hombres extendían los puños crispados y amenazantes.

Un esclavo retenía del rendal la yegua favorita de Muhamed.

El noble animal, estirando el cuello, con las orejas rectas, como avizorando algún peligro, escarbaba el suelo con sus finos cascos.

Introdujeron el cadáver en la tienda, depositándole sobre un rico tapiz. Aischa se abrazó sollozando, al cuerpo de su amado.

El Muhadi saltó de su asiento, y ocultándose en un ángulo de la tienda, con el alfanje en la diestra, se dispuso a morir matando.

Tal un león herido acorralado por la jauría, en el interior de una caverna.

Algunos guerreros le reconocieron, gritando a Almanzur:

— Mira al matador de tu hijo. Entréganoslo y cumpliremos tu venganza.

E intentaron precipitarse sobre el Muhadi.

Almanzur se interpuso, solemne, rígido, con los brazos levantados al cielo, como pidiendo misericordia.

Por su faz austera cruzó un relámpago de cólera, de odio, pero momentáneamente se serenó, volviendo a adquirir su actitud imperturbable de estatua de piedra.

— Almanzur, entréganoslo, para vengar con su sangre, la sangre de tu hijo! — exclamaron los guerreros, con los alfanjes desnudos y los ojos fosforescentes de odio.

Aischa como ajena a todo, continuaba abrazada al cadáver, sollozando, besándole, llamándole con los más dulces nombres.

Almanzur opuso su cuerpo a las espadas de los guerreros, y con voz serena, murmuró lentamente:

— Perezca yo y todos los míos, antes de ser traidor a la hospitalidad que Dios nos impuso. Noblemente, cara a cara, dió muerte a mi hijo. Pues aunque hubiese sido a traición, aquí le defendería contra todos.

El huesped nos lo envía Dios, y sólo a Dios debemos entregarlo.

No me pidáis que manche con una iniquidad la gloriosa y pura tradición de nuestra raza. Enterremos piadosamente al muerto y en cuanto al huesped, él es el dueño de mi casa. Si quiere partir, yo mismo le daré escolta hasta dejarlo en lugar seguro.

El Muhadi interrumpió, conmovido, abrazándose a sus rodillas:

— Noble anciano, mi vida es tuya... y ente-



ra la daría por haber ahorrado a tu alma el dolor que sin querer te he causado.

— Parte cuando quieras, huesped mío, y que la bendición de Dios caiga sobre nuestras cabezas. ¡Que le enjaecen mi mejor corcel, que le ciñan mis más templadas armas!

Yo mismo, al frente de vosotros, ¡oh, mis nobles guerreros!, quiero servirle de escolta.

Todos inclinaron, emocionados, las cabezas, mudos de admiración y de respeto.

Sólo se oía la voz de Aischa, que, abrazada aún al cadáver, sollozaba:

— Mi alma, mi vida; yo sabré vengar tu muerte!



VII

AISCHA dispuso los funerales de su esposo.

Ungió y cubrió el cadáver con los más costosos perfumes y las sedas más ricas, y lo mandó sepultar a la sombra de un tamarindo, de frente a la Meca. Junto a la piedra de la tumba, siguiendo la bárbara y fanática costumbre de las tribus árabes del desierto, ataron al camello favorito para que se muriese de hambre y pudiese acompañar al alma de su dueño en la otra vida.

Aischa parecía un espectro. Una inquietud terrible agitaba sus músculos. Sus ojos, agotada la amargura del llanto, adquirieron esa frialdad profunda y alucinante que arranca la luna a las pupilas fosforescentes de los chacales.

La caravana que había de conducir hasta un lugar seguro a Abul Mhohadi se iba a poner en marcha, silenciosa y tétrica como un entierro.

Las mujeres sollozaban por la muerte del joven héroe de corazón de león.

Los ancianos bendecían la misericordia del Señor por haberles deparado un Schaij de la fortaleza de ánimo del noble Almanzur, capaz de sacrificar los más íntimos y santos sentimientos a la hospitalidad legendaria de su raza.

El viejo guerrero lo disponía todo, inmovible al dolor de sus entrañas desgarradas.

Los siervos ensillaban, silenciosos bajo los toldos de las puertas, los corceles y los camellos.

Abul Muhadi permanecía inmóvil, replegado en sí mismo, ante la hostilidad ambiente, sin atreverse a mirar al anciano que había salvado su vida.

Reclinado en la penumbra de la estancia se sumergía en el mar de sus tristes pensamientos, cuando se le acercó una sombra blanca como un rayo de luna, y cogiéndole fuertemente por el brazo, le dijo con voz sorda, rechinando los dientes de ira, mientras la mano libre alzaba el velo dejando ver la hermosura deslumbrante y grave del rostro de Aischa:

—Abul Muhadi, contempla este rostro. ¿No te dice nada?

— Sí; que nada existe más bello sobre la tierra y que, a pesar de todo, bendigo al Señor que me ha concedido la gloria de contemplarte.

— ¡No blasfemes, sacrílego! En estos ojos

se miraba Muhamed el Assadi, como en un espejo. Desde que tu brazo maldito le arrebató la vida, no ven sino tristezas y desesperaciones. Fíjate bien en ellos. Sólo los volverás a ver en la hora de tu muerte. ¡Ellos serán los dos arcángeles negros que arrancarán el alma de tu cuerpo!

Y rápida como una sombra huyó Aischa a perderse entre los tapices de los muros, dejándole al pobre Abul Muhadi la sensación fugitiva de una de esas visiones que sólo se entreven en las fantasmagorías de un sueño.

— En marcha — ordenó lenta y severamente Almanzur.

Abul Muhadi saltó agilmente sobre una preciosa yegua baya, enjaezada como la de un príncipe, y al lado del noble Schaij que, altivo y majestuoso, hacía caracolear su overo, recordando tal vez tiempos gloriosos de amor y de guerra, se puso en marcha.

Doscientos jinetes armados le daban escolta. Entre nubes de polvo se perdieron en los inmensos arenales donde sangraban aún las últimas heridas de la tarde.

Aischa permaneció casi toda la noche orando sobre tumba de Mohamed, blanca e inmóvil, bajo las estrellas, sin temor a los chacales y a las hienas que olfateando la carne muerta, aullaban en las cercanías. De repente, presa de una impetuosa resolución, se alzó de la pie-

dra tumular y seguida de sus esclavas, se encaminó rápidamente hacia su tienda.

Ella no podía quebrantar las leyes de la hospitalidad, tan gratas al Señor y al Profeta pero podía vengarse de aquel que le había arrebatado su dicha.

Ojo por ojo, diente por diente.

Recordó su infancia borrascosa.

Hija de un hermano de Almanzur, perseguido por la desgracia y el rencor de sus enemigos, había caminado errante durante sus primeros años, de ciudad en ciudad, de desierto en desierto, durmiendo bajo las estrellas y disputando a veces sus cubiles a las fieras del monte.

En aquella existencia aventurera y peligrosa sus manos aprendieron a manejar el arco y la lanza, sus rodillas a domeñar los potros más cerriles.

Muchas veces, mientras su padre descansaba de las fatigas diarias, ella salía en unión de algunas siervas a cazar gacelas.

¡Oh, cómo recordaba ahora, en su dolor profundo, aquellas carreras desenfrenadas, y cómo revivían en su memoria los detalles más nimios de la caza!

Una gacela ha visto caer a su lado, atravesado por la flecha, a su macho, defensa y guía del rebaño. Los pequeñuelos quedaron también allá abajo, en las llanuras pantano-

sas... y ella recorre sin descanso las colinas áridas, las llanuras desoladas. La arena move-diza huye bajo sus plantas.

Durante la noche se ha encogido, temerosa, entre las ramas espinosas del arac.

Cuando se agitaba en la obscuridad, la blancura de su pelo relucía en medio de las tinieblas como la perla al mecerse en la seda en que está engarzada.

Mas apenas distingue los primeros rayos de la aurora, emprende de nuevo su carrera. Sus pies resbalan sobre la tierra cubierta de rocío.

Llena de inquietud y de pesar, vuelve de nuevo a los pantanos de Soaid, y en torno de ellos bala llamando a sus hijos perdidos.

Un terror súbito se apodera de ella. Acaba de oír la voz de los cazadores, y su presencia en aquellos parajes le anuncia el peligro.

Emprende de nuevo la fuga, y, desesperanzados los cazadores de alcanzarla con las flechas, le lanzan sus perros que dóciles a las voces de sus dueños, corren en su persecución y la asedian.

Acometida de cerca, les presenta sus cuernos puntiagudos, semejantes a aceradas lanzas, comprendiendo que sólo una intrépida defensa puede librarla de una muerte segura.

Ataca a Korab, y el noble animal cae bañado en sangre. Se revuelve contra Sahun, y

le abre el vientre. Los demás perros ladran espantados, pero no retroceden...

Entonces era la ocasión... Y Aischa avanzaba tendido el arco, tenso el brazo y el ojo fijo... Y la flecha partía sibilante a clavarse en el pecho de la gacela que, dando un tremendo salto, se desplomaba sin vida, abiertos de espanto sus ojos, casi humanos, en una húmeda mirada de agonía.

Su brazo también se había ejercitado en la guerra.

¡Cuántos beduinos habían mordido el polvo del desierto bajo el empuje de su lanza!...

Y así fué su vida hasta que sus ojos se encontraron con los de Muhamed, cerca de una cisterna, mientras a la sombra de las palmeras seesteaban arrodillados los camellos.

Muhamed por encargo de su padre, había ido a buscarlos al oasis de Darmaida, para ofrecerles en su tribu amparo y tranquilidad. Se detuvieron en el oasis algunos días, y juntos emprendieron el camino hacia el aduar de los Beni-Musas. Ella galopaba al lado de su primo, silenciosa y pálida.

Sus labios no se atrevían a respirar y hasta sus ojos, fieros y grandes, que contemplaron tantas veces impávidos la sombra de la muerte se cerraban temerosos de las voraces miradas del Assadi.

Pero el dolor rondaba sus pasos, y el des-

tino menos piadoso con su padre que con el patriarca Abrahan, no le dejaría contemplar, antes de morir, su tierra de promisión.

Atravesaban el desierto.

De súbito, el cielo tiñóse de púrpura llameante y un asolador viento del Este empezó a encrespar las olas de aquél océano de arenas. Las caballerías se encabritaron, e indóciles a las riendas, se tendieron en el suelo, hundiendo sus hocicos en las arenas.

— ¡El simún!, ¡el simún! — gritaban espantados los beduinos, descabalgando ágilmente y tendiéndose también en los arenales.

El calor era asfixiante, y a lo lejos se veía una montaña de arena y polvo ardiente que velaba el sol y amenazaba desplomarse sobre ellos. Aischa se sentía arder toda como envuelta por las súbitas llamaradas de un horno.

Muhamed la arrebató por la cintura y la obligó a tenderse a su lado, sepultando su rostro en las arenas.

Y no recordaba más.

Al despertar de aquella asfixia se alzó del polvo como de una tumba, y sus ojos y todos sus miembros se quedaron petrificados de espanto.

A su lado yacían los cadáveres de su padre y de algunos guerreros que no habían tenido tiempo de ponerse en salvo.

Los cuerpos, emponzoñados por el simún, aparecían monstruosamente hinchados.

Los miembros, tumefactos, se desprendían por sí solos en mutilaciones espantosas.

Se detuvieron unos instantes para dar sepultura a aquellos restos queridos. Desde entonces su suerte estuvo ligada siempre a la de su primo el Assadi.

Llegaron a la tribu de los Beni-Musas, y a la luna siguiente celebraron sus esponsales. Todos estos recuerdos pasaban por la imaginación calenturienta de Aischa, mientras se dirigía a la tienda que había sido testigo de su felicidad.

Una vez en ella, congregó a sus viejos servidores, y les dijo:

— Ya sabéis la muerte de mi primo Muhamed y el sacrificio sobrehumano de mi tío para dejar con vida a su asesino.

Conocéis también la fortaleza de mi brazo, capaz de un sólo bote de lanza, de derribar de su arzón al más valeroso de los campeones.

Su sangre clama venganza.

Yo lo he jurado sobre la piedra que cubre los restos de mi esposo.

¿Estáis dispuestos a seguirme y ayudarme en esta empresa?

Todos asintieron agitando los brazos.

— Pues bien — continuó Aischa —, ensillar los corceles. Esta noche partimos antes que

regrese mi tío y pueda oponerse a mis intentos. Ceñiré las armas de mi esposo y montaré su yegua favorita. Nadie, desde hoy, me llamará por mi nombre, sino por el de Muhamed el Assadi, en recuerdo del muerto. No en vano en mi niñez, mi padre cuya memoria todos respetáis, me dió a comer el corazón de un león cazado una noche con una trampa en las empalizadas de nuestras tiendas.

La luz de la luna arrancaba irradiaciones de mármol a su blanca vestidura, constelando la noche de sus cabellos profundos de estrellas de oro.



VIII

AISCHA a lfrente de los suyos, anduvo errante varios meses, acariciando su venganza y ejercitando su valor en encuentros parciales.

Su impetuosidad y destreza en los combates recordaba a sus viejos servidores a Kula, la célebre hermana del famoso héroe Dherrar, aquel valeroso campeón, terror de los cristianos, en las primeras campañas de Islam.

En el sitio de Damasco inmortalizó su nombre.

Acometido una vez por treinta jinetes cristianos, fingió emprender la fuga para separarlos. Mas tan pronto como hubo logrado su intento, volvió bridas contra ellos, y antes de que pudieran reunirse, puso fuera de combate a diez y siete y persiguió a los restantes.

Hecho prisionero en una emboscada, le llevaron, cargado de cadenas, a Antioquía, y fué presentado así al hijo de Constantino, em-

perador de los cristianos, el cual ordenó que se prosternase a su presencia. Negóse Dherrar, y esta desobediencia le valió catorce sablazos.

Le encerraron después en una prisión; mas con la ayuda de un renegado, pudo evadirse de ella, y tras gloriosas y heróicas aventuras llegó de nuevo al campamento, donde su hermana la bella Kula, le lloraba amargamente, creyéndole muerto.

Al día siguiente dióse otra batalla en la que hizo prodigios de valor, llegando a ser el terror de los griegos. De un solo sablazo inutilizaba a un enemigo, repitiendo a cada golpe.

— ¡Venganza de Dherrar!

El solo dispersaba a los escuadrones enemigos, no atreviéndose a seguirle más que otro guerrero, tan heróico como él, que, con sus golpes hacía volar en pedazos las armaduras de los contrarios, gritando también:

— ¡Venganza de Dherrar!

Dherrar lleno de admiración y de curiosidad, y deseoso de conocer al guerrero que tan valerosamente le ayudaba a vengarse de los cristianos corrió a su lado, y se quedó mudo de sorpresa viendo que tan soberbio adalid era su propia hermana, la bella Kula.

Aischa renovaría las heróicas hazañas de la hermana de Dherrar, y al traspasar con su lanza el corazón de Abul Muhadí, exclamaría también, en un alegre grito de victoria:

— ¡Venganza de Muhamed el Assadi!

Atravesaron desiertos estériles, oasis floridos, montañas abruptas, y, al amanecer de un bello día de primavera, descabalgaron en un aduar de la tribu de su enemigo.

Por unos pastores supo Aischa que Abul Muhadi acababa de salir, en peregrinación, hacia la Meca, después de inmolar los novillos más gordos de su rebaño para dar gracias al Señor por haberle sacado con vida en un encuentro que tuvo con los beduinos del desierto.

Aischa congregó a sus fieles, y todos acordaron emprender también la peregrinación a la Ciudad Santa para encontrar al matador de Muhamed el Assadi y vengarse de él.

Durante la peregrinación nada podían intentar. La visita a la casa de Dios es santa y desdichado quien manche sus manos en sangre. Será enterrado en un lugar inmundo y jamás se abrirán a su paso las puertas de oro y diamantes del Paraíso.

Pero podrían seguir al Muhadi, y atacarle a la vuelta, cerca de su propia tribu. Quemar después sus aduares y sus rebaños, esclavizar a sus mujeres, y llevar, canforada, su cabeza al viejo Almanzur, para que antes de morir, sus labios pudiesen sonreír de nuevo al vengador de su hijo.

Emprendieron el camino de la Meca, la

Ciudad Santa, en el Hedchar, la región más fértil y bella de la Arabia.

Todas las sendas estaban llenas de peregrinos, que acampaban fraternalmente a orillas de las fuentes, en los valles frondosos y pródigos.

Los jaiques listados de los hijos del desierto se mezclaban con los blancos zulhas de los nobles de las ciudades populosas, de Bagdad, de Damasco, de Petra, de Danar la de la célebre Universidad, de Dorán, famosa por la elegancia de sus mezquitas, y de Madchid, la de los más fragantes jazmines, la predilecta de Alí, el hijo del Profeta.

Egipcios de esbeltos miembros de bronce; africanos negros como el basalto de sus montañas; espléndidos señores del Hadramut, de gigantescos turbantes constelados de piedras preciosas; habitantes de Cairuam y de los países del Mogreb, rudos y fuertes, y hasta poetas y guerreros de la lejana España, célebres por su lujo, su magnificencia y sobre todo por su locuacidad. Todos los pueblos de Islam se congregaban en aquella peregrinación anual a la Ciudad Santa. Los caminos floridos se poblaban de canciones, de tañidos de guzlas, de cantos épicos y de salmodias religiosas.

Mendigos y señores compartían sus alimentos y su fervor.

Desde la cumbre de una umbrosa colina

contemplaron un atardecer, entre jardines fabulosos, la Ciudad Santa.

Todos los peregrinos se prosternaron, besando el suelo religiosamente:

— ¡Bendita sea la Ciudad del Profeta! ¡Alabado sea el Señor, que permite que nuestros ojos la contemplen y nuestros labios besen su tierra sagrada!

A lo lejos, sobrenadando en el oro de la tarde, resplandeciente de azulejos, la Meca se recortaba gloriosamente en el azul, con sus tres formidables ciudadelas, custodias del Islam.

Sus murallas rojas le ceñían la cintura como una faja de púrpura, y en una eminencia se alzaba, rodeada de jardines, la Gran Mezquita con sus siete elegantes minaretes y sus ciento cincuenta cúpulas.

El aire era una embriaguez gloriosa de perfumes, colores y heroísmos.

Los peregrinos permanecían inclinados sobre el suelo, en extática adoración.

Aischa sentía en sus labios el amargor agrio de la tierra, húmeda aún por las últimas lluvias primaverales.

Nubes de palomas proyectaban sombras fugitivas sobre los minaretes de las mil Mezquitas y sobre las altas almenas de la alcazaba.

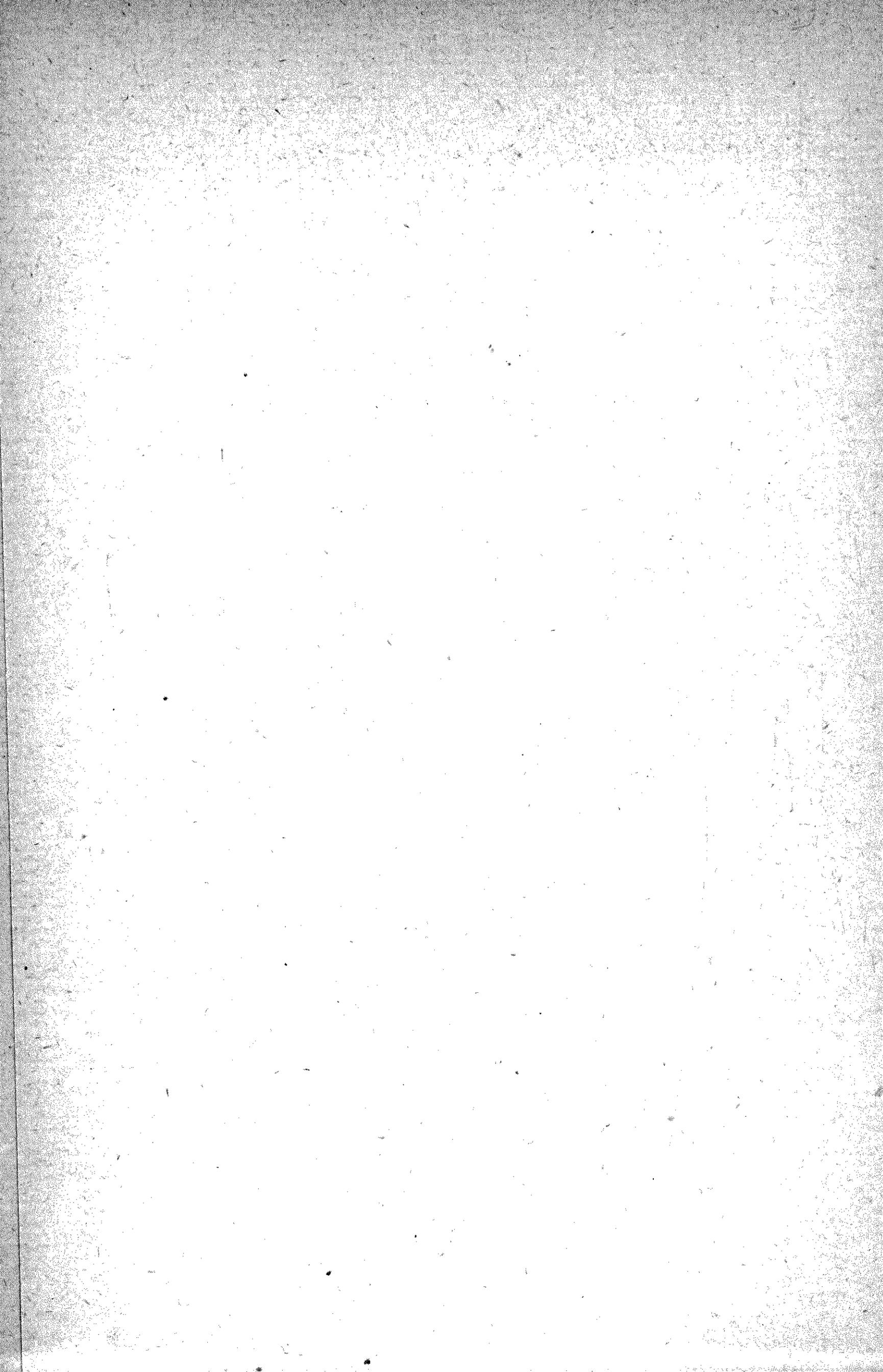
La voz del Muezin se elevó, pura y mística, congregando a los fieles a la oración de tarde:

— No hay más que un sólo Dios. Su profeta es Mahoma...

Otra voz más lejana repitió el mismo canto, y luego otra y otra y otra, y de toda la ciudad, en el silencio místico de la hora, se oían sólo estas palabras síntesis fanática del alma acerba de una raza de sol, de sangre y de dominio:

— No hay más que un solo Dios...

Mientras, en el Oriente se alzaba majestuosa, como bordada en un estandarte guerrero, la media luna de plata.





IX

AISCHA penetró en un fondak de las afueras, en compañía de un viejo siervo, Ibrahím, cuyo turbante verde hablaba de anteriores peregrinaciones.

Sus gentes acamparon en sus propias tiendas alzadas en un huerto de de los arrabales. Aquélla apenas pudo pegar los ojos. ¿Encontraría al Muhadi entre la muchedumbre de peregrinos, innumerables como las arenas del desierto, las ondas del mar y las hojas de los árboles, que habían acudido a la Meca de todas las regiones del Islam? Aconsejada por Ibrahím decidió colocarse en la puerta de la Gran Mezquita para esperar el paso de los fieles y ver si entre ellos divisaba al matador de su esposo. Le seguirían sin separarse de él, hasta encontrar una ocasión propicia para su venganza.

Al amanecer, después de los rezos y abluciones rituales, tomó el camino del templo,

guiada por Ibrahím. Iba vestida con sus mejores galas; y su paso era tan gallardo, su actitud tan arrogante y su rostro tan bello, que al cruzar por entre los palacios que conducen al Supremo Tribunal de Justicia, más de una celosía se descorrió para contemplarle, y más de un velo dejó ver la alucinación de unos ojos voraces, fijos en los suyos: prometedores de las caricias más ardientes.

Visitó primero la casa donde nacieron Mahoma y su hija Fátima, y luego el sepulcro de Yadicha, la gloriosa y fuerte que con su amor y su entusiasmo hacia el Profeta, allanó los primeros obstáculos que se le presentaron en su camino. Toda la ciudad era un hervidero de gentes. Por las calles, engalanadas con tapices y colchas de los más vistosos tonos cruzaban en largas filas las procesiones.

Todas las puertas se abrían a su paso, y nuevas gentes acudían a visitar los lugares sagrados, entonando versículos de las suras koránicas. Era un mar desbordante de jaiques y jzuhlans flotantes, de armas y de joyas resplandecientes, de turbantes ornados de joyeles y de plumas multicolores...

En los nichos empotrados en las paredes o bajo los arcos de la calle, los santos penitentes permanecían inmóviles, semidesnudos, con los ojos en éxtasis, repasando con sus dedos, lar-

gos y huesosos las cuentas de ámbar de sus rosarios.

Y en el aire matinal flotaba un intenso perfume de rosas recién abiertas, de nardos, de jazmines, de incienso, de sándalo y de benjuí.

El palacio de Justicia, en la cima de una pequeña colina, dejaba ver la elegancia suprema de sus arcos, la riqueza maravillosa de sus puertas de cedro tachonadas de plata y los arabescos fantasmagóricos de sus celosías y ajimeces.

Aischa guiada por Ibrahím, ascendió lentamente por la cuesta ceñida de gruesas murellas y torreones almenados que conduce hasta la Kaaba: «La casa de Dios».

Por las diez y siete puertas de arco penetraba, en un silencio religioso, la multitud. Aischa y su acompañante se encontraron de repente en el inmenso patio, rodeado de cuatro órdenes de columnas de mármol blanco, granito y pórfido, unidas entre sí por bellos arcos de herradura, resplandecientes en sus remates de oro, añil y púrpura, y trabajadas a cincel como joyas.

De los arcos cuelgan innumerables lámparas de plata, perfumadas con los más fragantes óleos del Oriente.

A unos cien pasos de la columnata del Norte está la Kaaba: «La casa de Dios».

Conducen a ella siete preciosas galerías

resplandecientes de azulejos y bordadas como encajes.

El modelo de este templo — dijo Ibrahím— bajó del cielo formado con rayos de luz, a ruegos de Adán, el primer hombre; copia del que dos mil años antes se había construido en la mansión de las Delicias para adoración perpetua de los Arcángeles.

Después del diluvio, nuestro padre Abraham recibió del Señor el encargo de reconstruirlo, y en esta santa labor le ayudó su hijo Ismael. Una puerta inmensa, mirando al Norte, toda chapeada de plata y oro, les detuvo.

La cubría un gran paño de seda negra, en el cual resplandecía, bordada en oro, la profesión de fé koránica:

— No hay más Dios que Dios, y Mahoma su profeta.

Aischa, impulsada por la fuerza irrefrenable de su fé, penetró en el templo.

A la derecha, cerca de la puerta y como a un metro de altura, está empotrada en la pared la célebre piedra negra que, según cuenta una piadosa leyenda, descendió del cielo cuando Adán fué arrojado del Paraíso, y después el arcángel Gabriel se la llevó a Abraham cuando reconstruía el templo.

Es de forma oval y de unos veinte centímetros de diámetro, y en su centro está escrita la fórmula sagrada:

«No hay más Dios que Dios».

En el día del Juicio ella se presentará ante el trono del Altísimo a acusar a todos los que la hubieran besado con labios impuros.

Aischa e Ibrahím se inclinaron reverentes y la besaron con unción.

A su lado se encuentra otra piedra mayor, la que servía de asiento a Abraham mientras reedificaban la Kaaba.

Después oraron largo rato sobre las losas de mármol verde, bajo las cuales esperan la resurrección los restos de Agar y de Ismael.

Tras pasaron la balustrada de oro que rodea el pavimento y se encaminaron al célebre pozo del zemzem, cuyo milagroso manantial hizo brotar un arcángel en el trágico momento en que Agar se tapaba el rostro con su manto para no ver morir de sed a su hijo Ismail; y bebieron también, como todos los peregrinos, de sus aguas lechosas y amargas que limpian de todo pecado.

Aischa abandonó aquel día el templo, desesperada de no encontrar al Muhadi. En vano Ibrahím preguntó por él, discretamente, a todos los beduinos que encontraba al paso.

Tristemente descendieron a la ciudad. El sol fulgía en el cenit, y para librarse de sus rayos tomaron el camino de las tiendas de los joyeros y perfumistas, situadas en largas y estrechas callejas entoldadas con linos multico-

lores. A cada lado se abría el arco de un bazar, y en el fondo, el mercader, sentado sobre una esterilla de pita, mostraba sus mercancías.

Ante la tienda de un sabeo, de uno de esos hombres ágiles y cetrinos que se encaraman hasta los altos picachos donde anidan los rocs para arrebatárles las baretas del cinamomo con que fabrican sus nidos, se detuvieron un momento.

Un arrogante mancebo discutía acaloradamente con el vendedor el importe de un tarro de perfumes y el valor de una preciosa gargantilla de perlas de las islas de Awal.

Aischa reconoció al Muhadi y se detuvo.

—Cincuenta dinhares—gritaba el mercader.

— ¡Ladrón! — murmuró el Muhadi — ¡Cincuenta palos te diera si no fuese por la festividad del día! Pero, en fin, ya que no tus razones, me convencen tus mercancías. Y cogiendo un puñado de tierra, añadió:

— Te doy tierra por tierra... y queda hecho el trato.

Llévamelos esta tarde al fondak de Antar, en las cercanías del Palacio de Justicia, y pregunta por Abul Muhadi.

Aischa e Ibrahím se alejaron, y después de avisar a los suyos, se trasladaron a la hospedería indicada por el Muhadi, donde pagaron, a precio de oro, una habitación estrecha y lóbrega.



X

AISCHA no perdió de vista al Muhadi. Como una sombra se arrastraba cautelosamente tras sus pasos, siguiéndole en sus excursiones a través del laberinto de calles de la ciudad.

Una noche en el patio del fondak oyó que el Muhadi decía a uno de sus servidores:

— Id preparando la partida... Arreglad en los cofres los presentes que llevo a Zahara, la favorita de mi corazón.

Partiremos cuando llene la luna.

Aischa se aproximó, y deteniéndose ante la yegua de la cual acababa de descabargar el Muhadi, le dijo a éste, mientras fingía examinar las condiciones del bello y noble animal:

— ¡Buena cabalgadura! ¡Bien se conoce que pastó la hierba seca del desierto! ¡Qué cuello! ¡Qué orejas y qué remos tan finos! Bendeciréis a Dios por haberos dado un animal semejante...

— ¡Ya lo creo! — respondió complaciente Muhadi, halagado en su vanidad — . Además, esta yegua tiene una historia que va unida a la de mi vida.

En cierta ocasión — añadió confidencialmente — marchaba yo al frente de una larga caravana que conducía perlas de Awal, cinamomo, benjuí, ámbar, oro, plata y mirra; en fin todas las riquezas fabulosas de Samarcanda, Hadramut y la India, cuando en unos desfileros nos atacaron unos beduinos. Mis gentes huyeron al primer encuentro, y sólo yo, al frente de algunos fieles, intenté resistir. Mandaba a los beduinos un mancebo arrogantísimo que apenas me vió se vino hacia mí a toda brida, lanza en ristre. Yo levanté en alto mi corcel, y haciéndole girar sobre las patas, evité ágilmente el golpe. La lanza pasó rozando las cinchas.

Me volví rapidísimo y de un golpe certero atravesé a mi contrario.

Todos se detuvieron un instante para socorrer al herido, y viéndome solo, aproveché esta confusión para escapar a rienda suelta.

Después de varias vicisitudes, busqué amparo en un aduar; pero el dueño de la tienda que me dió asilo, era el padre del mancebo muerto por mi mano.

Llegaron los compañeros de éste y entregaron al padre el cuerpo de su hijo. Me reco-

nocieron y, como es natural, reclamaron mi mi cabeza.

Pero el buen viejo, no sólo no accedió a ello, sino que me dió esta yegua, pues la mía había muerto al llegar al aduar, y él mismo, me acompañó hasta un lugar seguro.

Aischa no pudo reprimirse. Su mano tembló sobre la empuñadura de su alfanje; pero haciendo un terrible esfuerzo de voluntad, interrogó al Muhadi con la voz aún insegura:

— ¿Y hace mucho tiempo de esto, buen hombre?

— Poco más de un año.

— ¿Y no temes a la familia del muerto?

— Era hijo único, y su padre no había de salvarme la vida para después darme muerte. Mas hablemos de otra cosa. Tú, joven, pareces experto en cuestiones de joyas. Te he visto siempre a mi lado en los bazares, eligiendo perlas y crisólitos, y tus pupilas eran tan expertas en la tasa que jamás los mercaderes se atrevieron a regatear el precio.

Quiero mostrarte las que llevo como regalo a mi favorita.

Desde entonces fueron amigos inseparables. Muhadi le consultaba en sus compras y Aischa se complacía en elegirle los perfumes más ricos y las piedras más puras.

El día antes de la partida, dijo Muhadi:

— ¿Por qué no hacemos el viaje juntos? Te

detendrías en mi aduar y celebraríamos fiestas en tu honor.

— Acepto gustoso tu ofrecimiento — respondió Aischa.

Y al día siguiente se pusieron en marcha.

Los peregrinos regresaban a sus hogares alegres de haber cumplido sus votos. Los turbantes verdes fingían una primavera tardía en los senderos escuetos.

El Muhadi llevaba en su compañía treinta jinetes y casi el mismo número de criados.

Las gentes de Aischa no pasaban de cincuenta. Esta caminaba conversando afablemente con su amigo; pero muchas veces sus ojos ardían como si todos los relámpagos de una tormenta pasasen por ellos, y sus manos tenían que hacer esfuerzos inauditos para no desnudar el acero.

Pero no; su venganza sería más noble, cara a cara, en el campo abierto.

Llegaban ya casi al término de su viaje.

Habían caminado toda una jornada por un terreno árido y la sed abrasaba todas las gargantas.

Sus hombres y los del Muhadi avanzaban fatigados pidiendo a Dios, a grandes voces, el amparo de una fuente.

De pronto, al descender una colina arenosa, se hallaron ante una cisterna. El cubo de hierro pendía de la cadena, como invitando a be-

ber al peregrino y tres palmeras se alzaban majestuosamente ofreciendo el reposo de sus anchas sombras.

Unos y otros se precipitaron hacia la cisterna, y por querer todos ser los primeros, vinieron a las manos, propinándose algunos palos y hasta saliendo a relucir los aceros.

Ibrahím, como a una señal convenida arremetió con su lanza al criado favorito del Muhadi y le atravesó de parte a parte. El combate se generalizó. Los dos bandos se abrieron en ala, acometiéndose rabiosamente.

Entonces Aischa, aproximando su yegua a la del Muhadi, le dijo a éste:

— Nuestras gentes pelean y se matan por una cosa baladí. Nosotros en cambio, tenemos cuentas grandes que saldar. ¿Te acuerdas de Muhamed el Assadi, a quien atravesaste con tu lanza? ¿Recuerdas las palabras que momentos antes de que partieras de la tienda del viejo Almanzur murmuró una sombra a tu oído? El momento ha llegado... Defiéndete... ¡Venganza del Assadi!

Al ver que sus señores iban a luchar, los dos bandos se detuvieron, inmóviles, alzados sobre los estribos; y hasta los heridos, tendidos en la arena, alzaron sus cabezas ensangrentadas para presenciar el combate.

El Muhadi, presintiendo la agilidad y la

fuerza de su adversario, se decidió a darle un golpe maestro.

Picó espuelas, tendió la lanza y en línea recta como una flecha, partió hacia Aischa.

Esta hizo girar su corcel, y sin tiempo para que el Muhadi se detuviera, le dejó pasar, atravesándole el corazón de un lanzazo.

Los siervos intentaron socorrer a su señor; pero fueron dispersados por las gentes de Aischa, más aguerridas, y sobre todo más preparadas para este encuentro.

El Muhadi se desplomó de su yegua, dejando escapar de sus manos la lanza.

Aischa, entonces, echó pié a tierra, y dirigiéndose velozmente al moribundo, le dijo:

— ¡Dios te ampare, Abul Muhadi!

Así las gentes sabrán y conocerán cómo sabe vengarse la mujer de Muhamed el Assadi!

Y al terminar estas palabras, levantó la espada con ambas manos y de un sólo tajo cercenó el cuello del guerrero.

— Ibrahím — dijo luego a su siervo —, recoje esa cabeza y llénala de alcanfor, y enciérrala en el cofre más rico.

Quiero que vuelvan a sonreír, una vez siquiera, antes de espirar, los labios del viejo Almanzur.

FIN

